

¿Aprenden o no aprenden los niños en la escuela?

Chiño

Esta pregunta tan fácil de formular como compleja de responder constituye una de las preocupaciones sociales de primer orden. Es lógico, pues, que en determinadas ocasiones salga a la palestra esta cuestión, pero más difícil de entender es que venga motivada por el Gobierno cuando todavía no hemos acabado de confeccionar el nuevo ropaje de nuestra escuela. La mano negra del poder tiene múltiples materializaciones, bien sea a través de decretos, bien a través de las tertulias oficiales, bien por llamadas telefónicas a programas de radio. Que haya madres y padres con excelentes currículos en su lejana etapa escolar que se quejen de que su hija que cursa secundaria sólo se ha preocupado de la orografía de Asia hasta que ha visto la película de **Brad Pitt** en el Himalaya, no puede ser motivo suficiente para rasgarnos las vestiduras e implorar la vuelta de nuestros programas franquistas y nuestras enciclopedias, por cierto de actualidad gracias al buen olfato de la editorial Edaf que ha publicado el libro de tercer grado. Se ve que la nostalgia no está refrendada con la comercialidad.

Cabría entender una discusión seria y profunda sobre el currículum, pero lo que no tiene sentido es el remiendo del plan de humanidades apelando a lo poco que aprenden los escolares, a las distorsiones que ocasiona la historia y la geografía local, a la pérdida de visión de la historia común de España. Después de abrir la brecha de la historia en secundaria, ocasión se creará para las propuestas en infantil y primaria, para las ciencias, para acabar no se sabe muy bien dónde con nuestros currículos recién estrenados. Pero retornando a la pregunta inicial, no debemos flaquear los educadores en nuestro empeño por forjar una ciudadanía mejor formada, por avanzar en lo que mucho andado. Debemos de ser recelosos de las evocaciones nostálgicas de pasados imperiales, de opciones de pensamiento único por decreto. Y a los datos me remito.

Sin necesidad de recurrir a los informes de la UNESCO, los avances en formación en España los podemos situar en múltiples vertientes. Las cifras de analfabetismo apenas existen en las generaciones que estudiaron a partir del plan 70 de **Villar Palasí**. En el cuidado corporal y en la policía de costumbres, el salto es espectacular. Apenas hay niños con las uñas de luto, característica generalizada en la infancia de los años cincuenta y sesenta. Los pequeños no sorben los mocos ni se los limpian en el puño de la camisa. Costumbres tan de mal gusto como portar peine en la cartera de los documentos personales no se observan en los jóvenes. En la misma línea, los piojos se nutren de un porcentaje muy reducido de cabezas y la venta de ZZ al uso no es como antaño.

Estos datos de la vida diaria deberían ser suficientes para no recelar de la escuela de hoy. Pero podemos continuar para disuadir a desconfiados y afirmar que los niños y chicos actuales poseen un bagaje de conocimientos, de hechos culturales y vivenciales que no tienen parangón con nuestro raquítico patrimonio memorístico de escuela franquista. Las chicas que hoy finalizan los estudios secundarios y continúan en la universidad, constituyen uno de los mejores indicadores acerca de la salud de nuestro sistema educativo, comparándonos con cualquier país de nuestro entorno. Nuestras chicas y mujeres no tienen que soportar, por lo menos no en la misma medida e intensidad, los improperios que como auténticos ladrillazos lanzaban desde las obras los albañiles en épocas, entre otras cosas

porque bastantes trabajadores de la construcción han tenido la ocasión de acudir durante más tiempo a la escuela. Aunque también habrá quien diga que las buenas maneras en la ciudadanía tampoco tienen tanta importancia y que siempre habrá deslenguados dispuestos a todo cuando miran a una mujer, en la línea de sensibilidad de papel de lija que muestra el vicepresidente **Cascos** cuando habla de los apoyos jurídicos y legales que se necesitan para evitar y eliminar las agresiones.

La escuela instruye y, además, educa en esta sociedad tan apurada, tan sin tiempo para dedicarle a los pequeños, tan atribulada por las cuitas de los adultos. **Fernando Savater** señalaba en su excelente libro *El valor de educar*, con su talento natural, cómo los padres y madres de estos tiempos no dedican apenas tiempo al contacto diario con sus crías, cómo apenas existe la deseable comunicación entre generaciones, cómo la escuela se erige casi en el único referente que inculca valores y hábitos de convivencia.

Por mostrar otros datos, podríamos citar el cuidado que se dispensa hoy en día a los coches, a los vehículos particulares. Lo que prima hoy en día es la seguridad, la vigilancia de los neumáticos y de los amortiguadores, los sistemas *anticasitodo* que montan los coches y que se traducen en una colección de acrónimos redundantes para conducir con mayor desahogo y con menos riesgos. Hasta los años ochenta, la preocupación de los propietarios de los automóviles era meramente estética: mantelitos de ganchillo en las bandejas traseras, tubos de escape niquelados y lustrados con más esmero que unos zapatos de limpiabotas, pegatinas de rallyes y de competiciones en todo cuanto cristal tuviese el auto, bocinas estremecedoras a flor de piel en cualquier atasco, perritos imbéciles que movían la cabeza armónicamente cuando el coche se desplazaba y unidos por una cadenita a mamá perra y papá perro, sublimación de la familia unida, pudiente y feliz. Este tipo de pesadillas han pasado a mejor vida, afortunadamente, puesto que incluso la explosiva combinación de perritos y mantelito de ganchillo podían observarse en un mismo coche.

Estos saltos estéticos y de simbología cotidiana no son gratuitos, sino producto del avance en formación y en cultura. No obstante, creo que habría que afrontar con valentía los argumentos de los tertulianos acerca de los conocimientos en geografía, que si se sabe quién es Shakespeare o Saramago. La monserga de estos voceros dice que se domina poco la geografía universal, se saben muy pocas capitales y ríos. Este asunto de las capitales es una fijación auténtica para la descalificación, entre otras razones porque es cierto que antes se estudiaban mejor las capitales y los ríos. Ello es debido en gran medida a que en las escuelas del *Movimiento* no nos estaba permitido entrar en otros aspectos de la vida de los países enemigos que nos rodeaban, limitando nuestro alcance de conocimiento a la mera repetición burda y acrítica de aquellos accidentes naturales que menos riesgos entrañaban para la formación de nuestro incipiente espíritu nacional. El dominio de las capitales, los montes y los ríos era casi el único referente de reconocimiento social del aprendizaje, era un elemento de satisfacción de los papás ante las amistades por los logros de su hijito. El control del propio cuerpo y la construcción de nuestro esquema corporal en la infancia, el adiestramiento en el espacio gráfico para saber reproducir esquemas de representación de la realidad, la iniciación musical como facilitadora en la formación del pensamiento son cuestiones que en el escaparate de nuestras infancias nadie podría entender, pero que sin embargo hoy son incuestionables en el tratamiento educativo de cualquier país moderno.

Un profesor de mi época universitaria, de recuerdo grato y entrañable y de recia formación marxista, nos explicaba que cuando la extensión cualitativa de los sistemas educativos conllevaba inexorablemente nuevos problemas en la preparación y en la promoción académica, la propia burguesía negaba las virtudes y la función social de la escuela. La derecha española ha encontrado un filón con la enseñanza de las humanidades: han conseguido que no se hable de la LOGSE y de sus irresponsabilidades en la aplicación e

intentan desacreditar con un debate zafio los enormes avances educativos operados en España.